Las trampas de la fe... en la informática

Sara Gricelda Martínez

Es indudable que la informática y los avances tecnológicos asociados han mejorado sustancialmente, al menos la velocidad con que se realizan muchos trabajos en oficinas, fábricas, laboratorios y un largo etcétera.

Como soy una simple aprendiz en el tema y una modesta usuaria de equipo computacional, no estoy enterada de los vericuetos internos que sigue la información que tecleo hasta que se expresan resultados matemáticos o aparece un bonito dibujo en la pantalla. Como lega en el tema no puedo aventurarme mucho y voy a referirme solamente a una de las herramientas que más utilizo: el procesador de textos que, además, parece ser una de las más populares.

Ocurre que estando en días pasados con cierto apuro en la realización de una tarea de redacción —que no es precisamente una de mis mayores habilidades— recurrí al programa *Microsoft Word (versión 7.0 para Windows 95)*. Es una maravilla trabajar con él. Genial mirar los pequeños iconitos que muestran unas tijeras para indicar la acción de recortar, o una impresora para pasar lo escrito al papel, solamente haciendo un "click" en el cuadrito correspondiente. Las capacidades del programa son muy amplias y, como dicen los entendidos, es muy "amigable", es decir, nos va facilitando las tareas, nos proporciona distintas ayudas, etcétera.

Una de estas ayudas —y a la cual van dirigidos mis comentarios— es el diccionario de sinónimos. Se localiza en la barra de herramientas donde hay cosas tan útiles como un corrector de ortografía y hasta selector de idiomas, que permite a la máquina irnos corrigiendo apropiadamente si estamos escribiendo en idiomas tan distintos como el inglés (hay tres variantes disponibles: británico, americano y australiano), francés, ruso, alemán, danés, griego, español y varios más.

Pues bien, mi urgencia en el momento era encontrar un sinónimo de la palabra *joven*, con el fin de no hacer tan repetitivo mi discurso. ¿Por qué no probar? Finalmente, de las catorce opciones que se me presentaron, me quedé con *muchacho*, habiendo descartado entre otras: *pollito*, *mancebo*, *efebo*, *adolescente*.

Pero... si en *joven* había tal variedad, ¿qué podría encontrar en las opciones *mujer* y *hombre*?

Dejé para después la tarea urgente y me puse a comprobar, encontrando en un recuadro como "significados" de la palabra *mujer* los siguientes:

- Hembra
- Criada
- Esposa

Como sugerencias de sinónimos aparecían además:

- Señora
- Dama
- Dueña
- Matrona
- Ama
- Señorita

♦♦♦

- Doncella
- Venus
- Eva
- Niña
- Joven
- Chica
- Moza
- Muchacha
- Zagala

Extendiendo la búsqueda, continué con la palabra *hembra*, y en ella encontré —además de lo anterior— *fémina* y *adulta*. En último lugar apareció por fin: *sujeto femenino*. Esta última acepción en búsqueda extendida me devolvió un poquito de la fe que perdí al ver los primeros "significados".

Ni qué decir de la mezcolanza de elementos, pasando por los que toman como base la edad: niña, joven, adulta; el estado civil: señora, señorita; sin faltar las referencias al mito: Venus, Eva.

En cambio, al buscar los sinónimos de hombre, encontré en el recuadro de "significados" la expresión *caramba*, así como el sustantivo *varón*.

Dejando fuera la primera opción, se me presentaron como sinónimos de hombre los siguientes:

- Macho
- Persona
- Individuo
- Mortal
- Criatura
- Semejante
- Prójimo
- Ser humano
- Cristiano
- Quídam
- Personaje
- Ente
- Ser
- Fulano

Llama también aquí la atención la diversidad de elementos considerados, pero lo que más preocupa es la calidad tan diferente que se aprecia con respecto a los sinónimos de *mujer*. Mientras al hombre se le considera *persona*, *ser humano*, *individuo*, *personaje*, *ser*; a la mujer parece adjudicársele una esencia más instrumental, más accesoria y ligada a su condición sexual, como en *Venus* y *Eva*. ¿Por qué no incluir por ejemplo a *Adán* como sinónimo de hombre? ¿Por qué no incluir criado? ¿Por qué no decir que mujer es *persona*, *ser humano*...?

Es evidente que con todas las maravillas que la técnica tiene y le son reconocidas a cada momento, no podemos dejar pasar situaciones como la mencionada. El impacto que errores e imprecisiones como las apuntadas tienen en un diccionario común y corriente se ve multiplicado en herramientas que cada vez más se infiltran en nuestra vida cotidiana y a veces usamos con una tendencia a la automatización y poca reflexión, haciendo extensiva a la informática lo que se aplicaba a algunos libros, en especial en las primeras etapas de nuestra formación: "Si está en el libro debe ser cierto". Ahora diríamos: "Si está en el programa, será correcto". La letra impresa impone, da cierto aire de credibilidad a las palabras. Con las pantallas a colores tan preciosamente diseñadas nos puede pasar otro tanto.

El sexismo debe desaparecer y lo que se apunta en este caso concreto debe hacerse extensivo en el discurso, en nuestra forma de hablar cotidiana. No debemos continuar suponiendo que el masculino es inclusivo. ¿Acaso no hemos enfrentado alguna vez protestas porque decimos "alumnas" cuando hay algún varón presente? ¿Cuándo vamos a protestar las mujeres si ocurre lo contrario? Si nos referimos a personas de ambos sexos, lo más conveniente es decirlo con todas sus letras. Que al principio suene "raro", por inusual, no significa que sea incorrecto. De todas y todos depende que el uso se generalice. Por lo pronto, se hace necesario prevenirnos contra este sexismo que se infiltra en herramientas tan populares como el procesador de textos mencionado.♦